

Malinche. La sombra de la consciencia colectiva del mexicano

Por Patricia Ortega Henderson

*“Todas esas voces oscuras, de abuelas indias,
que lloran en nuestro corazón,
no han tenido desahogo.”*

Alfonso Reyes

1810, 1910, Independencia y Revolución, dos aniversarios en este 2010, el año del Bicentenario y del Centenario. Este hecho significativo no deja de ser seductor, pródigo para la meditación, de tal modo que urge a mirar lo que *se es*, lo que *se ha sido* y lo que *se puede llegar a ser*.

En estos momentos de importante reflexión intento, desde la experiencia de una circunstancia histórica concreta, resaltar una imagen femenina; entender su sentido y ubicación, no sólo dentro de la historia nacional, sino también en la vida y en la psique de mujeres y hombres de hoy. Me refiero a la Malinche, sin duda otro de los grandes símbolos femeninos en México.

La Malinche es una mujer fundamental en la vida de México. Develar su significado es esencial porque en esta mujer india, en su cuerpo oscuro, desde lo más hondo de su propia entraña, su sangre se funde con otra sangre distinta, dando así vida al cuerpo y al espíritu del nuevo ser del mexicano.

Sin embargo, ningún personaje femenino ha sido tan difamado, calumniado, acusado, como ella. En la cultura mexicana se le han cargado aspectos negativos del arquetipo femenino, aspectos de sombra. Se ha dicho de ella: la amante de Cortés, prostituta, traidora, símbolo de la entrega, violada, rajada... nombres que solamente la señalan por la sexualidad, por cierto, la sexualidad en su lado negativo.

En el extremo opuesto, el lado positivo ha sido proyectado en la Virgen de Guadalupe, la madre espiritual de los mexicanos (véase en la página de Internet de Editorial Fata Morgana mis artículos: *Guadalupe: Historia y Símbolo*, Diciembre 2008, y *Guadalupe: la Virgen que da vida al espíritu mexicano*, Diciembre 2009).

Malintzin, Malinal Xóchitl, doña Marina o Malinche, (1504?–1527), aparece en 1519, a los 15 años de edad, desde el comienzo de la Conquista. Bernal Díaz del Castillo, en su: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Capítulo XXXII, narra cómo después de una gran batalla, vencidos los tabasqueños, Cortés envía por ellos para hacer la paz, pero ordena aterrorizarlos con caballos y disparos para lograr sus propósitos. Llegan caciques y principales, traen regalos de oro y ricas mantas pero “...no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña



Marina; que así se llamó después de vuelta cristiana.” Todos ven en este hecho la mano de Dios.

Su vida se parece a la de una heroína: proviene de noble linaje, fue princesa. Hija de un rey náhuatl, del Istmo; muere el padre quedando muy niña; la madre se casa con otro cacique y la da a los indios de otro pueblo; se declara que ha muerto para negarle sus derechos de nacimiento. Crece y es criada por gentes de otra cultura. Y sucede un prodigio: el cacique la regala a Cortés.

Un mes más tarde, Malinal, quien habla maya, puede conversar también en náhuatl con los mensajeros de Moctezuma y la comunicación queda milagrosamente establecida (apoyándose en un principio con Gerónimo de Aguilar, intérprete del maya al castellano). Cortés nombra a doña Marina su secretaria e intérprete y le da la libertad. Ella es bella como una diosa, sabia como una diosa. Los españoles reconocen luego su jerarquía y la llaman “doña” Marina. Ni el propio Cortés tenía la dignidad de don.

Por boca de ella, Cortés se entera de la situación política: totonacos y tlaxcaltecas son enemigos mortales del tirano Moctezuma. Tiene además la revelación de que Moctezuma lo considera Quetzalcóatl, el dios que regresa a tomar posesión de su antiguo reino, y Cortés desempeña, con desparpajo, el papel de Quetzalcóatl.

Doña Marina aprende la lengua de Cortés en muy poco tiempo. La Malinche, la farauta o intérprete, será la contraparte femenina del dios Quetzalcóatl-Cortés, que los indios llamarán señor Malinche. Sutil diplomática, ángel de la guardia de los españoles, a quienes salva más de una vez de ser masacrados; considerada diosa por los indios, única mujer en el ejército de los teules, que habla por arte mágico su idioma. “Única mujer, como la luna en la lucha cósmica de cada día en el cielo.” (Gutierre Tibón, *Aventuras en México 1937-1983*, Editorial Diana, México, 1983, p. 325).

¿Qué sintió Malintzin?, ¿qué sintió Cortés por ella?, ¿amó a Cortés?, con quien tuvo un hijo, Martín, el mestizo, ¿se sintió instrumento de una misión superior?, ¿qué le dio Cortés, qué le doy España, por sus complicadas y espinosas gestiones políticas y diplomáticas?, ¿por sus interrogatorios, por su actuación salvadora en combates? ¡NADA! Ella tampoco tomó nada de los despojos de guerra. ¿Qué le dio la Iglesia? ¡NADA! Ella es la primera catequizadora de América.

La misión de la Malinche la define Justo Sierra, fundador de la Universidad Nacional de México (hoy en día la UNAM), que también este 2010 cumple 100 años de vida: “La Malintzin, la lengua, es el verbo mismo de la Conquista.”

Los indios atribuían sus conocimientos de la lengua castellana a los dioses. Para los españoles era por arte de un poder sobrenatural el que ella supiera la lengua náhuatl, pues siendo



extranjera no la podía saber de otra manera. *La lengua*, como la conocían todos, se convirtió en una pieza vital de la Conquista. Indígena viviendo con españoles y conociendo las lenguas de ambas partes... ¿Qué pensó? No lo sabemos pero vislumbramos la lucha interna que se libraba en lo más hondo de su ser, entre lo afectivo y lo racional.

Malintzin es la forma abreviada de Malinal Xóchitl, diosa guerrera lunar, hermana de los dioses estrellas y la única mujer entre los astros. Para los indios, ella pertenece al linaje de las Grandes Madres Vírgenes antiguas: Coatlicue, Cihuacóatl, Tlazoltéotl, Coyolxauhqui–Malintzin, Tonantzin y, tal vez, intuyeron a la Diosa Madre final, la Virgen de Guadalupe (véase en la página de Internet de Editorial Fata Morgana mi artículo: *Símbolos femeninos de la dualidad Vida y Muerte en Mesoamérica*, Noviembre 2008).

Por el contrario, desde la Conquista, la visión que ha prevalecido en la consciencia colectiva de México es de herencia cristiana, en donde Eva es condenada por haber seducido a Adán y es expulsada del Paraíso. De ahí a ser juzgada como pecadora, a la vergüenza y a la culpa sólo hay un paso (sobre una visión junguiana del problema de la vergüenza, la culpa y la autoestima, véase el libro de María Abac, *La personalidad velada. La sensualidad reprimida y la creación*, Fata Morgana, México, 2008). Esta visión colectiva refleja una consciencia primitiva y negativa del Principio Femenino. Hay que destacar que, en el mundo indígena, el pecado no forma parte de la naturaleza humana, sino lo que hay es un error, consecuencia de un engaño producido por la *hybris*.

Por otra parte, el investigador Manuel Aceves, basado en versiones recientes de autores, historiadores e intérpretes de códices, en su ensayo: *Antilabirinto*, refuta la imagen de México de Octavio Paz, como *pueblo traicionado por sus dioses... expulsado del centro del mundo...*, y rebate su pensamiento acerca de la Madre de los mexicanos que sustenta en *El labirinto de la soledad*.

La Malinche, como madre de la nueva raza mestiza, según Paz, es “La Chingada”, la madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El “hijo de la Chingada” es el engendro de la violación, del rapto o de la burla. Ideas que usa Paz como fundamento para la invención de su mito de la Malinche y su teoría de nuestra “orfandad” original y su consecuencia, la “soledad”; dice Manuel Aceves: “juicios que tienen efectos neuróticos, despersonalizadores y desnacionalizadores.” (*Antilabirinto*, Ed. Fontamara, México, 1997, p. 11).

Ahora bien, desde la psicología profunda, el sentido, el lugar, la importancia y la actualidad de la Malinche los podemos reconocer en el poder transformador del Principio Femenino. Con esta intención adopto las reflexiones de Ann Belford Ulanov, en su libro *The Female Ancestors of Christ*, donde examina el significado simbólico de cuatro mujeres del Antiguo Testamento: Tamar, Rajab, Ruth y Betsabé, las únicas cuatro mujeres que encontramos en la genealogía de Cristo, según el Evangelio de San Mateo (1, 2-17).



Nada más inusual, extraño o más estimulante que la aparición de cuatro mujeres en el linaje de Cristo. Estas cuatro mujeres son los ancestros femeninos de la Divinidad hecha hombre. Ellas ayudan a la venida de Cristo al mundo; preceden a María, la *quintaesencia*. Ellas son parte de las Grandes Madres de nuestra historia religiosa. Pero ¿por qué escuchamos tan poco de ellas?, ¿quiénes son?, ¿cuáles son sus obras?, ¿logran tener éxito?

Para nuestro propósito, en estas líneas me limito a resaltar las cualidades femeninas comunes manifestadas en la vida de estas cuatro mujeres, que también encontramos en la vida de la Malinche. Estos elementos, como muchos de los aspectos femeninos en la tradición occidental, han sido gravemente descuidados, negados y reprimidos.

Por *femenino*, Ann Belford Ulanov, entiende un principal modo de ser humano, una vivencia de ser en relación, que existe en todos nosotros sin importar el sexo o las preferencias sexuales. Muy diferente a un conocimiento distante y abstracto de las cosas y del otro. El modo femenino de ser es un estilo de consciencia que incluye los procesos mentales inconscientes, el ser más que el hacer. Los estilos femeninos de transformación espiritual nos llevan hacia abajo, a las partes oscuras e intensas de la vida, las desdeñadas y rechazadas.

Una primera sugerencia es que al ser parte de la historia en la *Biblia*, estas cualidades son no sólo aceptadas, sino son claramente incluidas como elementos del modo femenino de ser.

La relación de estas mujeres con Cristo enfatiza la solidaridad de Jesús con toda la humanidad, muestra tanto su humanidad y su nacimiento humilde, como su íntima relación con el Padre Dios. En Cristo, la sangre y el espíritu se unen, así como también el Antiguo con el Nuevo Testamento. Esta continuidad, enraizada en algo más allá de nuestro tiempo, nutre nuestro sentido de dignidad y responsabilidad con el legado de nuestra tradición hacia una vida creativa.

Juntas, estas mujeres, exhiben toda una amplia gama de acciones y respuestas, iniciativas y presencias, perseverancia y devoción. Una energía, imágenes y afectos femeninos muy diferentes de las imágenes frágiles y dulzonas con las que algunas tradiciones dudosas han identificado a María.

Es relevante que las cuatro mujeres no sean grandes matriarcas, como Sara o Rebeca o Raquel. Aún cuando cada una es madre, lo significativo en ellas no es nada maternal. Más bien se distinguen por aspectos femeninos, menos visibles, menos cómodos. ¿Será por eso que Jesús siempre mostró alta estima y afecto por las mujeres? Recordemos que Jesús habla con ellas y acerca de ellas en las parábolas más significativas, sobre la acción de Dios en el mundo y la anunciación de verdades teológicas.

Las cuatro preceden la misión anómala de María, la madre de Cristo, la mujer que concibe a Dios en el mundo de una manera maravillosamente misteriosa, por la cual la Divinidad se



encarna en lo humano y hace posible la salvación y la redención del mundo. Las cinco aparecen en la historia de la Salvación, justo cuando la continuidad del pueblo elegido está en peligro de romperse. ¡En el último instante, Dios interviene! Con María encontramos el símbolo del misterio de Dios que irrumpe en la historia en forma humana y reacomoda la situación total, en una atmósfera que combina misterio y claridad, humanidad y Divinidad, cuerpo y Espíritu. Dios viene al mundo a través del modo femenino de ser humano.

Como María, todas ellas conocen uniones irregulares; todas conocen el escándalo: incesto, prostitución, traición, exilio, engaño y adulterio. Audacia, devoción, iniciativa, determinación, perseverancia y servicio, marcan las actitudes de todas ellas. Nos enseñan que el aspecto sombrío que hacemos de lado y nos avergüenza es tan importante para la vida del espíritu como las virtudes, obviamente aceptables, y que la dependencia en Dios no significa ciega sumisión pasiva sino más bien el uso total, imaginativo, de todo lo que Dios nos da, así como la ofrenda para devolverlo todo a Dios.

Con ellas percibimos un Dios no confinado por las leyes humanas de lo que es el Bien y, por tanto, es bueno, sino un Dios que también está presente en el Mal y su consecuencia, lo malo, todo trabajando al servicio de la redención. Al contrario de la justicia humana, vemos el amor misericordioso de Dios.

Repito la pregunta: ¿por qué se les ha dado tan poca atención a estas mujeres que son las progenitoras de Jesús y están incluidas en la genealogía sagrada? Primero, todas ellas fueron pecadoras, y pecadoras sexuales. Segundo, todas eran extranjeras en Judea, así Mateo enfatiza el hecho de que Jesús, el Mesías Judío, está emparentado con los paganos. Tercero, las cuatro, al igual que María, tuvieron uniones irregulares con sus parejas. Ellas son ejemplo de las maneras misteriosas e inesperadas de que Dios se vale para triunfar sobre obstáculos, para responder a necesidades humanas y para preparar el camino del Mesías. Un Dios que da la vida para vivirla plenamente y que quiere ser real en el padecer y el gozar de la Vida.

En ellas encontramos autoconfianza, vitalidad, ingenio, valor. Toman riesgos, son formidables y magníficas; siempre, de alguna manera, en sus actos vemos sexualidad y espiritualidad unidas. Ellas combinan lo que la tradición cristiana generalmente separa: la realización personal plena en conformidad con la *misión* que Dios les ha encomendado desde toda una eternidad. ¿No es esto lo que Jung llama Individuación?, o dicho de otra manera, ¿el ego al servicio del Self? La gloria de Dios, la voluntad de Dios, es la realización plena del ser humano; tender o estar en vías de esa realización o *vocación* es la fórmula de la felicidad y del éxito verdadero.

Tamar, (Génesis 38, 1-27), se le considera prostituta por haber cometido incesto con su suegro, así da descendencia a su marido muerto y continua el linaje de David, del que nace Jesús.



Rajab, (Josué 2, 1-23), es prostituta y traidora, salva su vida pactando con espías, de esta manera no sólo intercede y salva a su gente en la batalla de Jericó, sino también ella da ejemplo de fe en el Dios trascendente de los judíos, desconocido por ella, pero del que intuye su grandeza y su poder. Así revela cómo aceptar la Gracia que nos es ofrecida y cómo poner en segundo lugar las alianzas con el enemigo.

Ruth, (Ruth 1, 2, 3, 4), es una seductora, determinada en su decisión –en contra del sentido común– de quedarse y acompañar a su suegra, Noemí; hace posible la realización de Noemí en la ancianidad, convirtiéndola en abuela del rey David. Con este gesto conoce a un Dios, bajo cuyas alas amorosas puede refugiarse.

Betsabé, (2º Samuel, 11), llega primero a la cama sexual, y después a la cama matrimonial, de su rey adúltero, David, sobre el cadáver de su esposo; ocasiona una *metanoia*, una conversión o cambio de corazón en el rey, poniendo la penitencia y la devoción a Dios en primer lugar. Nos muestra el hábito milenar que ve a la mujer a través de los ojos del hombre. No sabemos qué es lo que ella ve y contempla, sólo conocemos lo que David proyecta en ella. Ella personifica el misterio de la belleza y la sexualidad de la mujer, influenciando e inspirando un cambio en la relación de David con Dios y en la vida del reino, convirtiéndolo de ser el rey más poderoso, en términos mundanos, a ser el más religioso.

Ellas cuatro, como María, alcanzan a realizar su verdad, la cual coincide con la voluntad de Dios. Desde una visión más grande, que combina la contemplación con la acción, ellas ven una lógica de soluciones vitales, de lo que hay que hacer, aún cuando tomen medios no ortodoxos para lograrla. Las cinco son notables en que consienten libremente lo que sucede en sus vidas, no echan la culpa a nadie. Completamente aceptan toda la responsabilidad de su ser y de su actuar.

Todas son mujeres que permanecen intactas en su devoción a Dios. De esta manera pueden ser llamadas, si no biológicas, sí *vírgenes espirituales*. Sus vidas no se rigen por ideas abstractas, ni sus propósitos son del ego. No pueden ser definidas como hijas del patriarcado, obedientes a la cultura, las costumbres, la ley o la ética paternalista. Tampoco pueden ser definidas como hijas de la madre, niñas buenas, ocupadas en quehaceres domésticos y maternos.

Con excepción de Betsabé, tampoco se definen por sus esposos o sus hijos. Betsabé, quien representa el silencioso pero revolucionario poder transformador de lo femenino, significa la belleza y la sexualidad tan temida por muchos, no la maternidad, ni el trabajo de la maestra o la enfermera. Más bien es la inspiración y la fascinación que la belleza y la sexualidad de la mujer ejercen en el inconsciente del hombre.

Las tres primeras son vírgenes en el sentido de ser una en sí misma, no definidas por su relación con otro externo a ellas (virgen, con el significado que le daban los griegos). Cada



una es libre en sí misma y libre en la relación con el otro. Ellas hacen todo por los demás, pero no puede decirse que posean o sean poseídas por sus hijos o su familia. Betsabé es virginal como la naturaleza, aparentemente pasiva, vacía, esperando silenciosamente a ser llenada, sin embargo, esta quietud virginal es la que engendra la vida. Dios las toca en las circunstancias particulares de sus vidas, ocasionando la venida de lo sagrado, lo trascendente, justo en medio de sus más íntimos anhelos.

Estas cinco mujeres son castas, en el sentido de poner primero lo primero y ser fieles a eso, más allá de las costumbres creadas por el hombre. De estas mujeres intactas proviene el Hijo, cuyo origen y propósito es trascendente, realizando con devoción el espíritu de la ley, no la letra, creando todas las cosas nuevas. El individuo significa más que la regla. Ya no hay más gentiles o judíos, hombres o mujeres, esclavos o libres. El Hijo simboliza la luz de la consciencia que redime a lo femenino. Ella es, plenamente, ella misma, para ser juzgada, perdonada y bendecida.

Ahora bien, y para concluir, urge ver a la Malinche, madre de la nueva raza mexicana mestiza, a la luz de estas reflexiones de Ann Belford Ulanov. Ver que entre la vida de Malintzin y las vidas de las cuatro mujeres del Antiguo Testamento existen aspectos arquetípicos similares, en los que reconocemos el poder transformador del Principio Femenino.

Conquistándose a sí misma, Malintzin encarna al Espíritu Femenino. Trascendiendo las limitaciones de dos mundos contrarios, representa el misterio de renovación necesaria que surge en un momento histórico en que el pueblo está en peligro de desaparecer, la necesidad constante de renovación interior, de transformación de la vida espiritual, es entonces cuando la salvación llega en forma sorprendente e inesperada.

Desde esta perspectiva, las cuestiones de la orfandad, legitimidad y bastardía, que por tanto tiempo han sido preocupación de la ego-consciencia colectiva mexicana, pueden ser ubicadas en otro plano. Erramos cuando estamos ciegos a lo trascendente, cuando no vemos lo que es realmente importante. Entonces, nuestra ceguera puede fragmentar o matar a otros. Los inocentes sufren inconmensurablemente. Urge ver que todos dependemos de todos, así como todos dependemos de Dios. Y urge, para una comprensión cabal de la Divinidad incluir el Principio Femenino, para que el mundo y la raza humana sobrevivan.

De la terrible Coatlicue a la amorosa Guadalupe, la Virgen Mestiza, vemos imágenes, energías y afectos femeninos, arquetipos femeninos, que anuncian el desarrollo de la consciencia colectiva mexicana, moviéndose de una etapa inconsciente hacia un estado diferenciado de autoconsciencia, culminando en el estado trascendente que unifica y hace nuevas todas las cosas. ¿Será posible lograrlo?

Para los mexicanos, a partir de la Conquista, y siguiendo en la Colonia, la Independencia



y la Revolución, la esperanza, la salvación, aparece en el lugar más humilde e inesperado, oficialmente rechazado y negado, aparece en nuestras magníficas figuras femeninas arquetípicas: Malintzin y Tonantzin–Guadalupe, madres nuestras en la sangre y en el espíritu. ¡Todos somos sus legítimos hijos! ¡La legitimidad la da el Espíritu! ¡Ya no hay más huérfanos ni bastardos!... ¡Tampoco somos los expulsados del centro del mundo... ni solitarios!

Ellas simbolizan un sueño colectivo redentor, revelan el anhelo de renovación de la consciencia, que es la necesidad urgente de nuestro tiempo. Nuestras Madres Vírgenes nos plantan y nos enraízan en el centro más hondo de su ser y engendran al Hijo, cuyo origen y propósito es trascendente, encarnando el Espíritu en su cuerpo, creando una nueva raza mestiza.

Pertenece al linaje de estas Grandes Madres Vírgenes, las indias y la cristiana, y lo trágico es que a veces no nos damos cuenta de ello. Como prueba de esto basta ver la fe, el fervor, el culto que pervive en el corazón de México a la Virgen de Guadalupe, símbolo de identidad nacional.

Parafraseando a José Vasconcelos, la Malinche, la madre de la nueva raza, por su cuerpo, su sangre... *por nuestra raza mestiza... habló, habla y hablará el Espíritu...* si tenemos el valor de cambiar el rumbo de nuestra mirada y elevar nuestro corazón.

Termino con el testimonio vivo, que bien podemos decir hace honor a la madre india, la Malinche: el himno de los zapotecas del Istmo de Tehuantepec, pueblo de generosa y fecunda sensibilidad musical, que honra y canta a la madre, a la Virgen, a la mujer y a la tierra...

“Si al cielo subir pudiera,
¡Sandunga mamá por Dios!
Las estrellas te bajara,
Cielos de mi corazón.
La luna a tus pies pusiera.
¡Ay madre por Dios!
Con el sol te coronara,
Cielos de mi inspiración”...

México, D. F. octubre de 2010

Patricia Ortega Henderson es licenciada en filosofía, psicoterapeuta y musicoterapeuta GIM, FAMI. Facilitadora de talleres sobre el Espíritu Femenino en Oaxaca y Estados Unidos. Fundadora del círculo de mujeres zapotecas Dijagunaa (Palabra de mujer). Investigadora de aspectos del Arquetipo Femenino en la cultura mexicana antigua y contemporánea.